

ÉL HARÁ LO QUE SEA PARA TENERLA...
INCLUSO MENTIR.

twisted
LIES

**TWISTED
LIBRO CUATRO**

ANA HUANG

booker

Ana Huang
Twisted Lies
Serie Twisted, 4

Traducción de Mariona Gastó



1

Stella

—¡Stella!

Se me aceleró el ritmo cardíaco. No había nada que me pusiera más en alerta que oír la voz de Meredith.

—¿Sí? —Mostré una expresión impasible para disimular mi inquietud.

—Confío en que podrás llevarlo todo a la oficina tú sola. —Se puso el abrigo y se colgó el bolso en el hombro—. Tengo una cena a la que no puedo faltar.

—Por...

Salió por la puerta y desapareció.

—... supuesto —terminé.

El fotógrafo dejó lo que estaba haciendo, me miró y arqueó las cejas. A modo de respuesta, encogí los hombros discretamente. No era ni la primera ni la última asistente de una revista cuya despótica jefa la hacía sufrir.

En su día, trabajar en una revista de moda habría sido como un sueño hecho realidad para mí. Ahora, cuatro años después de haber entrado en *DC Style*, el día a día de mi trabajo le había hecho perder el *glamour* con el que lo había relacionado.

Tras guardar todo lo que habíamos utilizado para la se-

sión de fotos y dejarlo en la oficina, eché a andar hacia casa. Una pátina de sudor me cubría la frente y tenía los músculos a punto de convertirse en gelatina.

El sol se había puesto hacía media hora y las farolas de la calle daban un brillo anaranjado a las aceras, cubiertas de nieve.

Cualquiera pensaría que una ciudad en la que nevaba cada año estaría bien preparada para estas ocasiones, pero no. No era el caso de Washington D. C.

No debería haber estado con el móvil mientras andaba, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que hacía, pero no pude resistirme.

Abrí el mensaje de correo electrónico que había recibido esa misma tarde y me quedé mirándolo. Albergaba la esperanza de que las palabras fueran a cambiar y a convertirse en algo menos duro, pero, por más que lo leyera, seguían siendo las mismas.

A partir del 1 de abril, el precio de una habitación individual en Greenfield Senior Living ascenderá a 6.500 dólares al mes. Les pedimos disculpas de antemano por las molestias que esto pueda causarles, pero confiamos en que dichos cambios nos ayudarán a poder ofrecer un servicio de mayor calidad a nuestros residentes...

El *smoothie* verde que me había tomado a la hora de comer hizo una reparación en mi estómago.

Molestias, decían. Como si no estuvieran subiendo más de un veinte por ciento el precio de una residencia. Como si aquellos seres humanos vulnerables que vivían allí no fueran a pasarlo mal por culpa de la codicia de la nueva dirección.

«Inspira. Uno, dos, tres... Expira. Uno, dos, tres...»

Intenté respirar profundamente para deshacerme de mi creciente zozobra.

Se podría decir que me había criado Maura. Era la única persona que siempre había estado ahí para mí, a pesar de que ya ni me reconociera. No podía llevarla a otra residencia. Greenfield era la mejor de la ciudad y ya se había convertido en un hogar para ella.

Ni mis amigos ni mi familia sabían que le estaba pagando esos cuidados. Si se lo contaba, les surgirían mil preguntas que prefería ahorrarme.

Solo tenía que dar con la forma de poder hacerme cargo de aquel aumento de precio. Quizás podía aceptar más colaboraciones o negociar unas tarifas más altas para mi blog e Instagram. Pronto tendría una cena con Delamonte en Nueva York, y mi mánager decía que era una prueba para ver si podía ser la embajadora de su marca. Si...

—Señorita Alonso.

Aquella profunda y suntuosa voz hizo que se me erizara la piel, y me detuve de inmediato. Placer y alerta dieron paso a un escalofrío que me recorrió entera.

Reconocía esa voz.

Solo la había oído tres veces en toda mi vida, pero esas tres veces habían sido suficientes. Era imposible olvidarla, al igual que a su dueño.

Una sensación de recelo se acomodó en mi pecho, pero me deshice de ella. Volví la cabeza y paseé la vista por los potentes neumáticos de invierno y los trazos lisos y característicos del McLaren negro que acababa de frenar a mi lado; luego fui subiendo la mirada y, a través de la ventana del copiloto, que estaba bajada, vi al propietario en cuestión.

El corazón se me ralentizó una milésima de segundo.

Pelo oscuro. Ojos del color del *whisky*. Unas facciones tan exquisitamente marcadas que podrían haber sido esculpidas por el mismísimo Miguel Ángel.

Christian Harper.

Director ejecutivo de una empresa de seguridad de alto *standing*, dueño del Mirage —edificio donde yo misma residía— y, muy probablemente, el hombre más atractivo y peligroso que había conocido jamás.

No podía respaldar la idea de que fuera peligroso con nada más que mi instinto, pero este nunca me había fallado.

Cogí un poquito de aire. Lo solté. Y sonreí.

—Señor Harper. —Mi educada respuesta fue recibida con una expresión poco amigable.

Por lo visto, él era el único que podía dirigirse a los demás por el apellido, como si viviéramos en una gigantesca y congestionada sala de juntas.

Christian fijó la vista en los copos de nieve que me iban cayendo encima de los hombros y luego me miró a los ojos.

Se me volvió a ralentizar el ritmo cardíaco.

Unas diminutas chispas eléctricas cobraron vida bajo el escrutinio de su mirada, y tuve que hacer un sobreesfuerzo para no dar un paso hacia atrás y quitarme de encima aquella extraña sensación.

—Hace un día espléndido para salir a pasear. —Su comentario fue incluso más frío que su mirada.

Me sentí ligeramente avergonzada.

—Tampoco hay para tanto.

Y entonces me di cuenta de que, rápidamente, la nieve se estaba volviendo cada vez más gruesa. A lo mejor el aviso por ventisca había sido un poco erróneo.

—Vivo a solo veinte minutos —añadí para... no lo sé. Para demostrar que no era tan estúpida como para ir andando por la ciudad en plena tormenta de nieve, supongo.

Pensándolo bien, debería haber cogido el metro.

—Está a punto de caer una buena y las aceras están heladas. —Christian apoyó el antebrazo en el volante; un movi-

miento que no tenía derecho alguno de resultar tan atrayente—. Yo la llevo.

Tenía su lógica; a fin de cuentas, él también vivía en el Mirage. En realidad, su apartamento estaba justo encima del mío.

Aun así, negué con la cabeza.

Imaginarme sentada en un espacio cerrado con Christian, aunque fuera durante unos minutos, hizo que sintiera una extraña sensación de pánico.

—No pasa nada. Estoy segura de que tiene mejores cosas a las que dedicarse que a hacer de chófer. Además, así me despejo un poco. —Las palabras me salieron aturulladas. No solía irme por las ramas así como así; sin embargo, cuando me ocurría, solo podría frenarme una explosión nuclear—. Es un buen ejercicio y así estreno mis nuevas botas de nieve. Aún no me las había puesto en toda la temporada. —«Cállate ya»—. Le agradezco su oferta, pero voy a tener que rechazarla.

Terminé mi casi incoherente minidiscurso algo falta de aire.

Cada vez se me daba mejor decir que no, pero seguía dando demasiadas explicaciones.

—¿Me explico? —insistí al ver que Christian permanecía en silencio.

En ese mismo instante, una helada ráfaga de viento decidió pasar por mi lado. Se me cayó la capucha del abrigo y el frío atravesó todas las capas de ropa hasta calármese en los huesos y dar vida a unos temblores involuntarios.

Había sudado sobremanera en el estudio, pero ahora estaba tan congelada que incluso los recuerdos de algo cálido se habían quedado congelados.

—Sí —contestó Christian por fin, con un tono monocorde y una expresión indescifrable.

—Bien. —La palabra se me escapó entre mis temblorosos dientes—. Entonces dejaré que se...

El suave clic del desbloqueo de la puerta me interrumpió.

—Suba al coche, Stella.

Subí al coche.

Me dije a mí misma que lo había hecho porque, en un intervalo de cinco minutos y sin entender muy bien cómo, la temperatura había descendido unos veinte grados. Aun así, en el fondo sabía que ese no había sido el verdadero motivo.

Había subido al coche por cómo había sonado mi nombre en su voz, en aquel tono autoritario y calmado que había conseguido que obedeciera sin rechistar.

Christian arrancó e hizo girar un botón del cuadro de mandos. Al cabo de un segundo, un aire cálido empezó a salir de los conductos de ventilación y ayudó a que mi helada piel entrara en calor.

Su coche olía a cuero y especias caras, y estaba tan limpio que incluso daba miedo. Nada de envoltorios ni de vasos de café medio vacíos; ni siquiera había un poco de pelusilla.

Me hundí un poco más en el asiento y miré al hombre que tenía al lado.

—Siempre consigue lo que quiere, ¿verdad? —pregunté jovial, intentando disolver la inexplicable tensión que se respiraba en el ambiente.

Christian desvió la vista hacia mí rápidamente y luego volvió a centrarse en la carretera.

—No siempre.

En lugar de disolverse, la tensión incrementó y se me coló en las venas. Ardiente e incesante, como las brasas de un fuego a la espera de un poco de aire para revivir.

«Misión fallida.»

Volví al coche y me quedé mirando por el parabrisas.

Los acontecimientos del día me habían dejado tan desubicada que era incapaz de seguir la conversación.

Los nervios, que se me arremolinaban en el pecho y me iban subiendo por la garganta, tampoco ayudaban.

Se suponía que yo era la serena, la tranquila, la que siempre veía el vaso medio lleno y no perdía los nervios ante ninguna situación. Así me había vendido a mí misma durante gran parte de mi vida porque, como buena Alonso, eso era lo que se esperaba de mí.

Una Alonso no tenía ataques de ansiedad ni se pasaba las noches preocupándose por absolutamente todo lo que podía salir mal al día siguiente, por insignificante que pudiera llegar a ser.

Una Alonso no iba a terapia ni le soltaba sus trapos sucios a un desconocido.

Una Alonso tenía que ser perfecta.

Jugueteé con mi collar con el dedo hasta que se me cortó la circulación.

A mis padres seguramente les encantaría Christian. Visto desde fuera, era la pura imagen de la perfección.

Adinerado. Atractivo. Y con modales.

Todo eso me molestaba casi tanto como la forma en la que Christian dominaba el espacio que nos rodeaba. Su presencia henchía todas las grietas y todos los recovecos hasta convertirse en lo único que veía.

Fijé la vista al frente, en la carretera, pero el aroma de su perfume me inundó los pulmones y, al darme cuenta de cómo se le tensaban los músculos cada vez que giraba el volante, sentí un cosquilleo en la piel.

«No debería haber subido al coche.»

Además de haber entrado en calor, lo único positivo de mi decisión sería que llegaría a casa y podría ducharme y acostarme más temprano. Me moría de ganas de...

—Las plantas van bien.

Soltó aquella frase tan repentinamente y con tanta naturalidad que tardé unos segundos en darme cuenta de que, uno, alguien había roto el silencio y, dos, ese alguien había sido, en efecto, Christian; no había sido fruto de mi imaginación.

—¿Perdón?

—Las plantas de mi apartamento. —Se detuvo en un semáforo en rojo—. Que van bien.

¿Qué quería de...? Ah.

Cuando lo entendí, una gotita de orgullo se apoderó de mí.

—Me alegro. —Ahora que la conversación se había encaminado hacia un terreno neutral y seguro, le dediqué una media sonrisa—. Solo necesitan algo de amor y atención para vivir.

—Y agua —añadió.

Al oír aquel impávido y evidente comentario, pestañeeé.

—Y agua.

Las palabras se quedaron colgando un minuto en el aire antes de que se me escapara la risa de mi garganta y a Christian se le encorvaran los labios en la sonrisa más diminuta del planeta.

El aire por fin se destensó un poco y el nudo que sentía en el pecho se deshizo sutilmente.

Cuando el semáforo se puso en verde, el fuerte sonido del motor casi no me permitió oír las palabras de Christian:

—Tiene un don mágico.

Me sonrojé, pero me limité a encogerme ligeramente de hombros.

—Me gustan las plantas.

—Entonces es la persona indicada para el trabajo.

Cuando acepté ocuparme de sus plantas a cambio de po-

der seguir pagando el mismo precio de alquiler en el Mirage, estas dependían de soporte vital.

Después de que mi amiga y antigua compañera de piso Jules se mudara hacía un mes para irse a vivir con su novio, solo me habían quedado dos opciones: buscarme otra compañera de piso o irme del Mirage, ya que no podía permitirme pagar el alquiler de dos personas. Le había cogido cariño al edificio, pero prefería irme a vivir a un sitio menos lujoso antes que tener que compartir piso con alguien a quien no conocía. Sería demasiado para mi ansiedad.

Christian ya nos había bajado el alquiler la primera vez que fuimos a ver el apartamento y mencionamos que lo que pedían se salía de nuestro presupuesto. Cuando le dije que quizás tendría que mudarme a otro sitio y él propuso este acuerdo, me sorprendí.

Me resultaba todo un tanto sospechoso, pero como era colega del marido de mi amiga Bridget, se me hizo más fácil aceptar su oferta. Llevaba cinco semanas cuidándole las plantas y no había sucedido nada horripilante. Cuando subía, ni siquiera lo veía. Entraba, regaba las plantas y me iba.

—¿Cómo supo que sabría hacerlo? —Me podría haber pedido que hiciera un montón de cosas distintas (recados, la colada, fregarle la casa..., aunque ya tenía una asistenta a tiempo completo). Lo de cuidarle las plantas era específico de narices.

—No tenía ni idea —respondió como quien no quiere la cosa y con un tono un tanto indescifrable en la voz—. Fue pura coincidencia, y tuve suerte.

—No tiene pinta de ser de esas personas que creen en las coincidencias.

Christian supuraba falta de sentimentalismo por todos lados. Era algo que se apreciaba incluso en las marcadas líneas de su traje, la aplacada precisión de sus palabras y la fría indiferencia de su mirada.

Rasgos de alguien que alababa la lógica, el poder, y la frialdad y dureza del pragmatismo. No algo tan nebuloso como las coincidencias.

Mi comentario le pareció gracioso. A saber por qué.

—Pues creo en ellas más de lo que piensa.

Su modesto tono despertó la intriga en mí.

A pesar de llevar yendo a su apartamento un tiempo, casi no sabía nada de Christian. Su ático contaba con un diseño impecable y era pura opulencia.

—¿Y puedo preguntar por qué? —lo interrogué en un intento por saber algo más sobre él.

Christian entró en el garaje privado del Mirage y aparcó en su plaza, que quedaba cerca de la entrada trasera.

No respondió.

Aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

Christian Harper vivía rodeado de sombras y rumores. Ni siquiera Bridget sabía demasiado acerca de él, más allá de la reputación que lo precedía.

Atravesamos la entrada y nos dirigimos hacia la recepción sin volver a mediar palabra.

Con su metro noventa y tres, Christian me sacaba doce centímetros tranquilamente. Sin embargo, yo seguía siendo suficientemente alta como para seguir sus largas zancadas.

Anduvimos por aquel suelo de mármol con unos pasos perfectamente acompasados.

Mi altura siempre me había cohibido, pero la vigorosa presencia de Christian me envolvía como si fuera una capa de seguridad y apartaba las miradas de mi amazónica estatura.

—Se acabó esto de andar por la calle mientras cae una tormenta de nieve, señorita Alonso. —Nos detuvimos al lado del panel de los ascensores y nos miramos el uno al otro—. No puedo dejar que una de mis inquilinas muera por hipotermia. Sería una malísima propaganda para el negocio.

Otra inesperada risa se abrió paso en mi interior.

—Seguro que no tardaría ni dos segundos en encontrar quien me reemplazara.

No sabía si achacar mi ligera disnea al frío que todavía sentía en los pulmones o al hecho de estar tan cerca de Christian.

No sentía ningún interés romántico hacia él. En realidad, no sentía ningún interés romántico hacia nadie. Entre la revista y el blog, no tenía tiempo para pensar en quedar con gente.

Lo cual tampoco significaba que fuera inmune a su presencia.

Algo resplandeciente le atravesó aquella mirada de color *whisky* y luego se desvaneció.

—Lo dudo.

Mi ligera dificultad para respirar se volvió mucho más pesada y se apoderó de mi voz.

Cada frase que salía de su boca era como un código que no conseguía descifrar, impregnada de un significado oculto que solo él conocía, y yo quedaba rezagada en la oscuridad.

Hasta la fecha, solo había intercambiado algunas palabras con Christian tres veces: cuando firmé el contrato de alquiler, cuando nos cruzamos en la boda de Bridget y cuando hablamos de mi situación y de cómo podría pagar el alquiler sin Jules.

Y en todas esas ocasiones había acabado más inquieta de lo que estaba antes de interactuar con él.

«¿De qué estábamos hablando?»

No hacía ni un minuto que Christian me había respondido, pero ese minuto se había dilatado tan lentamente en el tiempo que me había parecido una eternidad.

—Christian.

Una voz profunda y con un acento ligeramente marcado

cortó el hilo en el que colgaba ese momento de suspensión entre Christian y yo.

El tiempo recuperó su cadencia habitual y solté todo el aire en una marcada exhalación antes de darme la vuelta.

Alto. Pelo moreno. Piel aceitunada.

El recién llegado no tenía un atractivo clásico como el de Christian, pero emanaba tanta masculinidad en su traje Delamonte que era difícil quitarle los ojos de encima.

—Espero no interrumpir. —Traje Delamonte me miró.

Jamás me habían atraído demasiado los hombres mayores y este debería de tener unos treinta y pico largos, pero..., guau.

—En absoluto. Justo a tiempo. —La llana respuesta de Christian se tiñó de una pizca de irritación. Se colocó delante de mí y me tapó la vista, de modo que yo ya no podía ver a Traje Delamonte ni él podía verme a mí.

El otro hombre arqueó una ceja y, luego, su indescifrable expresión dio paso a una sonrisa de superioridad.

Pasó por el lado de Christian tan deliberadamente que fue como si estuviese vacilándolo y me tendió la mano.

—Dante Russo.

—Stella Alonso.

Esperaba que fuera a darme un apretón, en lugar de eso, la levantó y me acarició los nudillos de los dedos con los labios.

Si lo hubiese hecho cualquier otra persona, me habría parecido cursi. No obstante, viniendo de él, ese gesto me hizo sentir un cosquilleo lleno de placer.

A lo mejor era por su acento. Tenía cierta debilidad por todo lo italiano.

—Dante. —Bajo la aparente tranquilidad que acompañaba la voz de Christian se escondía un tono tan afilado que podría haber cortado incluso la superficie más rígida—. Llegamos tarde a la reunión.

Este ni se inmutó. Siguió sujetándome un segundo más la mano y luego la soltó.

—Un placer, Stella. Seguro que volveremos a vernos.
—La suntuosa forma en la que arrastró aquellas palabras fue acompañada de una risa medio escondida.

Supuse que lo que le hacía gracia no era yo, sino el hombre que nos estaba observando con aquella gélida mirada.

—Gracias. Igualmente. —Casi sonreí a Dante, pero algo en mi interior me advirtió que no sería lo más sensato en ese momento—. Buenas noches. —Desvié la vista hacia Christian—. Buenas noches, señor Harper. Gracias por traerme.

Respondí con un deje juguetón con la esperanza de que ese guiño a nuestra previa y absurda formalidad consiguiera hacerle cambiar aquella férrea expresión.

Él, sin embargo, se limitó a ladear la cabeza sin pestañear siquiera.

—Buenas noches, señorita Alonso.

No sabía qué había hecho cambiar el humor de Christian tan repentinamente, pero ya tenía suficiente con mis propias preocupaciones como para sumar otra a la lista.

Rebusqué en el bolso para encontrar las llaves entre el barullo de maquillaje, tiques y gomas de pelo.

Ahora en serio: tenía que ordenarlo mejor.

Al cabo de unos cuantos minutos, di con la llave de metal.

En el preciso momento en el que la puse en la cerradura, tuve un presentimiento un tanto familiar y se me pusieron los pelos de punta.

Levanté la cabeza de un tirón.

No había señales de vida en el pasillo, más allá de mi presencia. Sin embargo, de repente, el silencioso zumbido del sistema de calefacción adquirió un tono amenazante.

«Déjate de tantas paranoias.»

Ya no vivía en una casa destartada y desprotegida cerca del campus. Ahora vivía en el Mirage, uno de los edificios con mejor sistema de seguridad de Washington, y hacía dos años que no sabía nada de él.

Las posibilidades de que apareciera por aquí, de entre todos los lugares donde podría encontrármelo, eran prácticamente nulas.

Aun así, la urgencia rompió el hechizo que me había paralizado las extremidades. Abrí la puerta de entrada rápidamente y la cerré tras de mí. Pasé el cerrojo a la vez que las luces se encendieron automáticamente.

Después de entrar en todas las habitaciones para asegurarme de que estaba todo despejado y tras ver que no había nadie escondido en mi armario o bajo la cama, conseguí relajarme.

Estaba todo bien. No había vuelto. Estaba a salvo.

A pesar de haberme calmado un poco, una parte de mí seguía con la impresión de que el instinto no me había fallado y de que, efectivamente, alguien me había estado espionando en el pasillo.

2

Christian

La puerta de la biblioteca se cerró tras de mí con un clic casi inaudible.

Crucé la sala despacio pero decidido hasta llegar a la zona con butacas, donde Dante ya se había acomodado y estaba tomando un vaso de *whisky* escocés.

Sentí que me latía un músculo en la mandíbula.

Si no fuera porque nos conocíamos de hacía tiempo y porque estaba en deuda con él por un favor que me había hecho, su cabeza ya habría acabado contra el carrito de bar que le quedaba cerca.

No solo por haberse servido sin preguntarme, sino por el espectáculo que había montado en la recepción, que había sido de todo menos gracioso.

No me gustaba que la gente tocara lo que era mío.

—Relaja esa cara, Harper. —Dante dio un lento sorbo a la bebida—. Como se te quede así, a las mujeres ya no les gustará tanto tu fisonomía.

Mi fría sonrisa se encargó de hacerle saber lo poco que me importaba eso.

—Si te aplicaras tu propio consejo, tú y tu prometida quizás no estaríais durmiendo en habitaciones distintas.

Entornó los ojos y se me llenó el pecho de satisfacción. Si mi debilidad era Stella, la de Dante era Vivian.

Me daban igual los pormenores de su relación, pero me divertía ver cómo fruncía el ceño cada vez que sacaba a su prometida a colación, esa a quien él aseguraba detestar.

Y yo pensaba que el que no gestionaba bien las cosas era un servidor... Dante sí que tenía problemas en ese aspecto, y no pocos.

—Ya lo he pillado —contestó con la voz entrecortada. Su faceta bromista desapareció y volvió a convertirse en el capullo serio con el que estaba acostumbrado a tratar—. Pero no he venido aquí a hablar de Vivian ni de Stella, así que vayamos al grano. ¿Cuándo coño podré deshacerme del cuadro? Menuda monstruosidad.

Cuando mencionó a la otra enigmática mujer que había en mi vida, me obligué a no pensar en aquellos rizos oscuros y esos ojos verdes.

Magda, el cuadro que había sido la cruz de mi existencia desde que me había hecho con él. No por lo que era, sino por lo que representaba.

—Nadie te pidió que lo colgaras en la galería. —Me acerqué al bar y me serví una copa. El capullo de Dante no había tapado la botella de mi mejor *whisky* escocés—. Por mí, como si lo escondes en el fondo del armario.

—¿Pago un pastizal por la obra y luego la escondo en el fondo del armario? Cero sospechoso. —Sus palabras estaban cargadas de sarcasmo.

—Tienes un problema y te he dado una solución. —Me encogí de hombros despreocupadamente—. No es mi culpa que no quieras aceptarla. Ah, y, por cierto... —Me senté justo enfrente de él—. El pastizal lo pagué yo.

Aunque eso nadie lo sabía. Todo el mundo pensaba que Dante Russo era el ufano dueño de una de las obras de arte

más feas del mundo. Aunque cierto era que la gente también creía que dicho horrendo cuadro tenía un valor incalculable y que valía la pena matar por él y robarlo, y todo gracias a unos cuantos documentos falsificados.

Mi intención no había sido que fueran detrás de la pieza, pero me había hecho falta una excusa para argumentar por qué había destinado tantos recursos a preservarla.

No se trataba de ningún secreto empresarial superimportante como todos creían. Sin embargo, ese cuadro tenía algo personal que yo jamás compartiría con nadie.

Dante me miró por encima del vaso.

—¿Por qué continúa importándote tanto? Ya conseguiste lo que querías; encontraste a quien te traicionó. Quema la maldita obra. Pero espérate a que te la revenda antes —añadió—. Tengo una reputación que mantener.

—Ya sé yo los motivos.

Un motivo, para ser exactos, pero si se lo contaba, no me creería.

Era incapaz de destrozar ese cuadro. Estaba demasiado arraigado a las escarpadas piezas de mi pasado.

Yo no era sentimental, pero había dos aspectos de mi vida en los que no había cabida para mi característico pragmatismo: en lo referente a Stella y en lo referente al *Magda*.

Por desgracia para Axel —el empleado que había robado la obra y la había empeñado a Sentinel, el mayor de mis rivales—, él no entraba en la categoría de excepciones.

El tipo pensaba que el cuadro le abriría las puertas a secretos de negocios altamente clasificados y, por ende, altamente lucrativos, solo porque eso era justamente lo que yo le había dicho a las pocas personas en quienes había confiado para que no le quitaran el ojo de encima. Lo que estas personas no sabían era que el valor del cuadro derivaba de algo muchísimo más personal y muchísimo menos útil para ellas.

Despaché a Axel y le di el tiempo que me pareció apropiado a Sentinel para que se relajara. Luego les jorobé el ciberistema de seguridad hasta el punto de conseguir que su valor perdiera millones. No llegué a cargármelos, ya que algo de tales dimensiones sería fácil de rastrear y acabarían dando conmigo, pero sí me sirvió para dejarles las cosas claras.

Los idiotas que estaban al mando de Sentinel eran tan lerdos que intentaron volver a robar el cuadro una vez vendido con la esperanza de poder utilizarlo a modo de represalia contra mí.

No habían encontrado ningún secreto empresarial en la obra, pero sabían que me importaba. Las cosas, como son: no iban desencaminados. Sin embargo, deberían haber contratado a otra persona para encargarse de hacer bien el trabajo, en lugar de alguien de una banda de segunda de Ohio.

El intento de Sentinel por cubrir sus huellas fue tan mediocre que me sentí prácticamente insultado.

Ahora el cuadro estaba en manos de Dante, y eso me beneficiaba por dos razones: una, no tendría que mirarlo, y dos, nadie, ni siquiera Sentinel, se atrevería a robárselo.

La última persona que se había aventurado había acabado en coma durante tres meses, sin dos dedos, con la cara magullada y unas cuantas costillas rotas.

Dante refunfuñó impaciente, pero fue lo suficientemente listo como para dejar de presionarme.

—Muy bien, pero no pienso quedármelo para toda la vida. Está arruinando mi reputación como coleccionista —se quejó.

—Todo el mundo cree que es una obra excepcional del siglo XIX. Tranquilo —contesté con sequedad.

En realidad, el cuadro no tenía más de dos décadas, aproximadamente.

Resultaba increíble lo fácil que era falsificar obras de arte «de un valor incalculable», así como la documentación necesaria para alegar su autenticidad.

—Me quedaré ciego de tanto ver esa monstruosidad a diario. —Dante se frotó el labio inferior con el pulgar—. Y hablando de monstruosidades... Han echado a Madigan de Valhalla esta mañana.

Con ese cambio de tema, el aire que nos rodeaba se volvió más pesado.

—Ya era hora.

No podía ni ver al magnate del petróleo que ahora se tendría que enfrentar a media docena de demandas de ex-trabajadoras que lo denunciaban por abuso y acoso.

Madigan siempre había sido un sinvergüenza. Esa era la primera vez que tenía que pagar las consecuencias de algo.

El Club Valhalla se pavoneaba de su exclusividad y del poder y la riqueza absoluta de algunos de sus miembros, a quienes solo podían invitar personas que ya formasen parte del club. Gran parte de dichos afiliados, incluido yo, llevaban a cabo actividades más bien poco legales.

Aun así, incluso el club tenía sus límites y no quería que el circo del juicio de Madigan lo salpicara bajo ningún concepto.

Lo único que me sorprendía era que no lo expulsaran antes.

Dante y yo seguimos charlando un poco sobre el juicio y temas de negocios hasta que se disculpó y se marchó para hacer una llamada.

Como director ejecutivo del Grupo Russo, una empresa de bienes de lujo que abarcaba más de treinta marcas de moda, belleza y estilo de vida, se pasaba la mitad del día al teléfono.

A falta de conversación, mi mente se puso a pensar en cierta morena.

Mis pensamientos eran un mar en caos, pero ella era mi áncora.

Y pese a todo lo que me pasaba por la mente siempre acababa volviendo a ella.

La imagen de haberla visto andando por la calle, bajo la nieve, con el viento azotándole el pelo y los ojos brillándole como el jade se me clavó en el cerebro. Su calor, cual rayo de luz que se cuela en el cielo después de una tormenta, se me extendió por el resto del cuerpo.

No debería haberles bajado el alquiler cuando vinieron a ver el piso y menos aún debería haberle dejado seguir viviendo ahí por el mismo precio ahora que Jules se había ido. Y, por si fuera poco, le había pedido que se ocupara de mis malditas plantas a cambio porque permitirle que continuara pagando lo mismo sin más habría resultado demasiado sospechoso.

Me importaban una mierda las plantas. Si las tenía era solo porque mi interiorista había insistido en que «completaban el apartamento». La cuestión era que sabía que a Stella le chiflaban las plantas y pedirle eso era mejor que pedirle que me archivara los documentos.

Vivir en el mismo edificio que ella era la peor distracción del mundo, y el único culpable era yo.

El pecho se me llenó de una frustración y un resentimiento que ardían a partes iguales. Stella Alonso era mi talón de Aquiles, y eso no me gustaba nada.

Cogí el móvil y casi entré en cierta red social, pero me contuve y opté por teclear el código de mi red móvil encriptada.

No era tan fuerte como la de mi portátil, pero, cuando no tenía otra alternativa, me servía igual.

Tenía que soltar mi frustración de algún modo y hoy el suertudo había sido John Madigan. No se me ocurría nadie que se lo mereciera más que él.

Abrí la lista donde tenía todos sus aparatos anotados: teléfonos móviles, ordenadores e incluso su nevera inteligente y un despertador que iba con *bluetooth*, además de todas las cuentas asociadas a dichos dispositivos.

No tardé ni cinco minutos en dar con lo que estaba buscando: un vídeo que el muy estúpido había grabado mientras obligaba a su asistente a hacerle una mamada y una serie de mensajes asquerosos que le envió después a un tío con quien jugaba al golf.

Se lo mandé todo a los abogados de la acusación a través del correo electrónico del hombre con el que jugaba a golf. Si sabían hacer su trabajo medianamente bien, podrían convencer al juez de que se trataban de pruebas admisibles.

Y, ya puestos, ¿por qué no?, también hice llegar los mensajes a algunos medios de comunicación.

Luego, por el simple hecho de que la cara de Madigan me molestaba, cambié sus acciones más valiosas por otras de mierda y doné una cantidad considerable del efectivo a organizaciones contra la violencia sexual.

Cada vez que le daba a un botón se me relajaban un poco más los músculos.

El cibernsabotaje era mejor que un masaje profundo.

Volví a guardar el móvil justo en el mismo instante en el que Dante regresó a la biblioteca.

—Tengo que volver a Nueva York. —Pilló la chaqueta que había dejado en el respaldo del sofá; estaba claramente irritado—. Tengo que ocuparme de un asunto... personal.

—Lo lamento —respondí con amabilidad—. Te acompaño. —Esperé a que hubiera cruzado ya el umbral de la puerta para añadir—: Ese asunto personal por casualidad no ten-

drá que ver con que el ex de Vivian se haya presentado en tu casa, ¿no?

Su mirada se llenó de sorpresa y, a continuación, de rabia.

—¿Qué coño has hecho, Harper?

—Simplemente concreté una reunión entre tu prometida y un viejo amigo. —Un breve texto «de Vivian» y el ex había aparecido corriendo. Penoso, pero útil—. Como te gusta tanto tocarme los huevos, he pensado que te devolvería el favor. Ah, y, Dante... —Guardé silencio un segundo con la mano puesta en el pomo de la puerta. Su cabreo se palpaba en el aire que corría por el pasillo, pero lo superaría. Debería haber sabido que era mejor ahorrarse el numerito de la recepción—. Como vuelvas a ponerle una mano encima a Stella, olvídate de seguir teniendo prometida.

Cerré de un portazo en su cara.

Dante había sido mi primer cliente y era un viejo amigo. No lo cabreaba a menudo.

Sin embargo, tal y como he dicho ya, no me gustaba que la gente tocase lo que era mío.

Me estiré las mangas de la camisa y volví a la biblioteca. Paseé la vista por la sala hasta reposarla en el enorme puzle enmarcado que tenía colgado justo encima de la repisa de la chimenea.

Diez mil piezas diminutas que formaban un espectacular degradado de los colores del arcoíris y cuyas líneas creaban un efecto esférico tridimensional.

Había tardado cuatro meses en acabarlo, pero había valido la pena.

Crucigramas, rompecabezas, mensajes codificados... Todo eso me ayudaba a colmar mi insaciable sed de retos. Necesitaba dicha estimulación. Algo que arrojara luz sobre el hastío que me causaba un mundo que siempre iba cinco pasos por detrás.

Cuanto más difícil fuera el pasatiempo en cuestión, más me intimidaba y ansiaba la solución.

Había solo un rompecabezas que no había conseguido resolver. Aún.

Con el pulgar, acaricié el pequeño anillo turquesa que guardaba en el bolsillo.

Cuando lo hubiera resuelto, por fin podría deshacerme definitivamente de aquella perturbadora obsesión que tenía con Stella Alonso.